

Y, si no lo soy, contaré la bronca que me echó por la tarde en el museo del Prado, frente a la fragua de Vulcano — le dije a mi amigo, no muy seguro yo de no estar improvisando —, por tener tan poquísimos seso y tan prácticamente nulo sentido de la responsabilidad tomando decisiones de tanta importancia y que afectan de un modo tan esencial a, dijo, “las vidas de todos nosotros” e incluso, abundó, las de personas del todo inocentes que están lejos, tan tranquilas o tirando de sus propios problemas como pueden o como su creador les da a entender, y no tienen la menor idea ni de nuestras existencias ni de los líos que nos traemos.

— Con lo sencillo que hubiera sido que usted — “me reprochó, abanicándose con el catálogo”, catálogo que en realidad no era tal sino un periódico deportivo, doblado, que llevaba bajo el brazo un hombrecillo de mono azul que tomaba un cortado en la barra — se inventara otro tipo de historia; de otras gentes que no fuésemos ni yo, ni mi marido, ni sus padres ni mis hijos ni nadie de nuestros familiares ni de nuestros conocidos ni de nuestro entorno. Y ahora — “agregó en tono muy sereno, doblando el catálogo y metiéndolo en su bolso”, dije mirando cómo el hombrecillo salía por la puerta con su mono — pretende salir del embrollo en que nos ha metido a todos desviando la atención del lector, confundiendo de una forma del todo deshonesto con no sé qué bronca que, entérese, y vaya si es que quiere salvar su obra cambiando de idea, no pienso echarle y, menos aun, aquí, delante de todo el mundo y sola, o, bueno, con usted pero

Y ya tenía puesto el “pero” y el “pero” es prueba inequívoca de que a continuación va a venir una

Versaciones de un chupaplumas

No muy seguro yo de no estar improvisando

[1]

o precipitándome ante el temor de que temeroso él de que ciertamente no fuera a ser capaz me retirase su confianza, se buscara otro alter ego y, desentendido por completo de mí y de mi existencia, me dejase abandonado a mi suerte en algún instante inconcreto no registrable en los relojes o punto impreciso no localizable ni con radar ni en ningún mapa, una especie de limbo, en definitiva, fuera del espacio y del tiempo conocidos, en el que me vería condenado no ya a una eternidad sin existencia de la que no podría regresar ni aunque nada más fuera para volver a mi despacho del ministerio y, sentado ante mi mesa rebosante de expedientes, poderme decir a mí mismo “este eres tú y este, aunque no el mejor de todos, ya lo sé — que habrías deseado otra cosa, pero no haber aceptado, que a tiempo estuviste — tu destino” sino, que sería tanto peor que no me quise aventurar ni a imaginarlo, expuesto al sentido común de mi madre que, con un sentido tan común a todas las madres de qué es un sentido común distinto del de las madres, me largaría una filípica insufrible protestando que siempre he sido un necio, un tontaina sin resolución ni personalidad ninguna que se deja manipular por el primero que llega, y que a quién habré salido.